

X

ALFREDO PEREZ GUERRERO

X

## EDUCACION Y LIBERTAD

(DISCURSO PRONUNCIADO EN EL ACTO DE INCORPORACION  
A LA ACADEMIA ECUATORIANA DE LA LENGUA)





Mi ánimo se siente conturbado por este acto mediante el cual me úno a vosotros en calidad de miembro de la Academia Ecuatoriana de la Lengua Correspondiente de la Española.

Solamente la generosidad de vuestra apreciación respecto a mis modestos merecimientos explica que hayáis decidido designarme miembro de esta Institución ilustre, cuyo prestigio nacional e internacional son evidentes. Representáis vosotros, individualmente y en conjunto, los más altos valores de la Patria en los planos de la cultura, del acierto y la pureza en el uso del lenguaje, del éxito en las realizaciones de la novela, del ensayo, de la poesía, del periodismo. Habéis abrigado y pulido ese insubstituible instrumento del espíritu, ligado estrechamente a él —de tal manera que no pueden separarse— que es el idioma. Habéis estudiado a los maestros del bien decir y del bien escribir en el pasado y en el presente, y habéis incrementado sus enseñanzas y lecciones. El tesoro del pasado ha sido enriquecido por vosotros y por quienes, como vosotros, tienen devoción por la pureza del castellano.

Conocéis, no obstante, y lo admitís, que el idioma es un proceso dinámico que va paralelo con la vida y con la civilización del hombre. Sabéis como cada palabra y cada frase tratan de amoldar y de ceñir su pensamiento, su anhelo y su dolor, y como, del tronco que creció de la raíz latina, griega o árabe, fueron brotando nuevas ramas de significados, mientras otras se marchitaron. Hay palabras ricas de expresiones y valores, y palabras olvidadas en las páginas de los diccionarios, que solamente las conocen los eruditos y los doctos. Hay palabras que traducen los más íntimos afanes y esperanzas, y que son bandera de anhe-



los o cumbre que ha de conquistarse con esfuerzo; y palabras que van por allí, por sombríos vericuetos, maldecidas y condenadas. A veces, no captamos totalmente el contenido de un vocablo ni conocemos su destino, porque ese contenido y ese destino vienen de lejanos orígenes. Quizá, en su cuna y comienzo, significaron otra cosa y correspondieron a un concepto distinto del de hoy. No obstante nuestra mente y nuestra voluntad encuentran en esa palabra una promesa de redención y de bondad. Así la palabra libertad, la palabra justicia, la palabra democracia, la palabra amor. Lo de hoy es otra justicia, otra democracia, otra libertad y otro amor que lo de ayer. Es como si, con cada siglo que pasa, esas grandes palabras respondieran con nuevos símbolos y con nuevas esencias a las preguntas eternas del hombre y le fueran entregando, poco a poco, su tesoro siempre más cuantioso y más variado.

Aparte de vuestros merecimientos como cultores del idioma y como artífices de diversas disciplinas literarias, representáis también altos valores de ecuatorianidad. Puesto que el hablar bien y el escribir bien significan pensar y actuar rectamente, cada uno de vosotros puede enorgullecerse de una obra provechosa para con sus conciudadanos; de su aporte para el progreso de la Patria; de su lucha por la libertad y la cultura. Bien querría relieves los merecimientos y virtudes vuestras; más, ya que la índole de este acto no me lo permite, y la brevedad del tiempo me lo impide, a lo menos rindo a cada uno de vosotros el tributo de mi pleitesía, y os digo que es alto e inmerecido privilegio el ingresar a la entidad benemérita de la que formáis parte. Vuestra compañía ennoblece, dignifica y eleva. Anhele con el tiempo y con vuestro ejemplo, corresponder a la honra que me habéis conferido.

\* \*

Os decía que me siento turbado y confuso por este acto solemne. Aparte de las consideraciones que dejo apuntadas para explicar esa turbación, ha de añadirse el hecho de que reemplazo en esta Academia al señor doctor Alfre-



do Baquerizo Moreno, maestro, escritor, creador, político, juriconsulto, todo ello en grado excelso. ¡Cuán notoriamente desiguales los merecimientos de tal ilustre académico comparados con los modestísimos de quien os habla! ¡Cuán grande, por lo mismo, la benevolencia vuestra que me designó para reemplazarle!.

Es difícil cumplir con el rito académico de elogiar al miembro a quien se sustituye. Difícil especialmente en el caso presente porque hay ciertos hombres cuya calidad moral e intelectual hacen inútil, parcial o incompleto el elogio. Elogiar, es, en cierto modo, adjetivar, o sea enunciar cualidades que por abundantes que sean, no definen la esencia de los seres. La flor y la estrella, la verdad y el heroísmo, la belleza y la justicia, tienen cualidades numerosas; pueden aplicárseles muchos adjetivos, todos los cuales se colocan junto, en contorno, alrededor de las cosas y de los valores, sin penetrar la última esencia y raíz de su ser. Asimismo, para los hombres grandes su mejor elogio es quizá su nombre, nombre que a la vez se torna en adjetivo cuando queremos indicar la excelencia de otros hombres semejantes. Basta decir Sócrates o Platón o Leonardo para comprender que nombramos varias de las altas cumbres de la dignidad y del pensamiento humanos; y asimismo basta decir que alguien es un Sócrates de sabiduría para expresar el mejor elogio. No obstante, no es posible penetrar en la esencia de lo más pequeño ni de lo más grande, porque el ser está más allá de la comprensión humana. No podemos captar sino superficies, colores, actos, gestos, que son como indicaciones o destellos de la hondura impenetrable de los seres.

Y así, cuando mencionamos a Alfredo Baquerizo Moreno —de cuyo nacimiento se cumplieron cien años el 28 de septiembre de 1959— su solo nombre nos infunde admiración y respeto por las realizaciones de su fecunda vida. Como fue grande, su pensamiento y su acción no fueron especializados. El hombre grande difícilmente es un especialista y difícilmente puede estar de acuerdo con la técnica especialista de estos tiempos, en los cuales se demanda y exige que cada uno se limite a una pequeña parcela de conocimientos y a una pequeña parcela de acción, a fin de que esta especie de maquinaria que es la civilización en



que vivimos pueda producir en abundancia toda clase de artículos —tornillos o aviones, leyes o alimentos— en serie y en escala abundante, bajo la dirección infalible de un tirano o de un dogma rojo o negro indiscutibles, so pena de exterminio y muerte. El especialista o el técnico, cuando solamente es especialista y técnico, está sepultando al hombre porque restringe su pensamiento y suprime la tendencia a la universalidad del conocimiento, que es característica definidora de lo humano.

Baquerizo Moreno no fue solamente el político que ejerció por varias ocasiones la Presidencia de la República y que fue elegido Presidente efectivo para el período 1916-1920. No basta ponderar su espíritu democrático, su respeto a la ley, la pulcritud de su conducta de magistrado, las realizaciones de progreso que se obtuvieron gracias a su gestión perseverante e iluminada. En la Legislatura, en la Diplomacia, en la Presidencia de la República demostró su talento, sagacidad y patriotismo. A él se debe la abolición de la prisión por deudas, institución de esclavitud que pesaba sobre campesinos y trabajadores; a él, una nueva fase de relaciones cordiales con Colombia y la suscripción del Tratado Muñoz Vernaza-Suárez; a él la política de franqueza, de libertad, de democracia mientras ejerció el mando. La política es el bien administrar la hacienda pública, el resolver los problemas cotidianos de un país, el auscultar y entender el afán y el sentimiento de las muchedumbres, y el cumplir con ese afán para que haya más pan y más justicia entre los hombres. Pulcra y severa, cordial y dinámica pasa por los anales de nuestra historia la figura clásica de Baquerizo Moreno. Como los patricios romanos, luego de ejercer el poder máximo de la República, se retiró a la vida privada, con patrimonio modestísimo, a trabajar rudamente para ganar el sustento para su familia y para él.

No fue sólo el político eminente. Fue mucho más. Fue primordialmente el maestro que dictó su cátedra en el Colegio Vicente Rocafuerte y en la Universidad de Guayaquil. El maestro enseña a adolescentes y a jóvenes; les entrega el tesoro de la verdad y del conocimiento, y paralelamente recibe de ellos enseñanzas más valiosas que las que otorga. Por eso, enseñar es aprender. El maestro aprende todos los días, no solamente los principios y las teorías de su



asignatura, sino también, lo que vale más, los principios de la comprensión, de la superación constante, de la perfección espiritual. Y solamente cuando aprende esas lecciones, cuando se enriquece con ellas, puede decirse verdaderamente que tiene la calidad de maestro.

La riqueza que obtuvo así Baquerizo Moreno le sirvió toda la vida; fue el venero al cual recurrió para plantear los problemas de la diplomacia, de la política, de la economía, del derecho. En todos ellos se demostraron las virtudes del maestro: la virtud de la claridad y de la verdad que rechazan la solución bastarda y falsa; la virtud de la perseverancia que no retrocede frente a obstáculos que parecen insalvables; la virtud del desinterés, porque el enseñar es la más alta tarea espiritual; la virtud del amor, para prescindir de odios, de ambiciones mezquinas, de resentimientos y venganzas, y para trabajar con optimismo por el progreso y por la redención de la Patria.

Por ser maestro fue connotado legislador, diplomático, y político. Y por ser maestro, fue asimismo, excelso orador. Su frase limpia, sonora, henchida de verdad y de sentimiento, conmovió y convenció al pueblo ecuatoriano, a sus legisladores, a sus adversarios políticos, a los auditorios selectos nacionales o extranjeros. Su palabra fue inspirada y fecunda, porque dentro del vocablo brillaba la idea y latía el sentimiento. El orador es un intérprete de su auditorio y es, además, director del mismo. Ha de entender y ha de dirigir los conceptos, aspiraciones, esperanzas de un grupo de hombres; y, solamente cuando el discurso posee estas calidades, tiene la virtud de enfervorizar y de impulsar a la acción y a la victoria. El orador dice las palabras que en nosotros no tienen contornos o se hallan escondidas, de tal manera que parece que esas palabras son realmente nuestras y traducen lo más íntimo de nuestro ser. De ese temple y de esa altura fue la oratoria de Baquerizo Moreno.

Y, en fin, él fue un excelso cultor del idioma castellano. Poeta eminente, prosador impecable, sus poemas y sus libros, ensayos y disertaciones, tienen destacado sitio en las letras ecuatorianas. Doña Perfecta, Tierra Adentro, El Señor Penco, Titania, Sonata en prosa, son demostración de



su culto a la novela y al ensayo. Pero, donde más patente se revelan sus virtudes de escritor, de pensador y de filósofo, es en sus discursos y en sus mensajes al Congreso Nacional. Como en todo hombre grande, la palabra fue la forma fiel y ajustada de sus virtudes intelectuales y morales y no la hojarasca garrullera que se dispersa al viento con el paso de los días. La obra y la palabra de Baquerizo Moreno, perdura aún y perdurará por mucho tiempo para lección y ejemplo de las generaciones.

Es ésto en breve síntesis lo que me cabe decir sobre el ilustre académico, cuya silla ocupo. Son éstas las fases, las calidades y superficies de esa gran personalidad humana. Su esencia permanece impenetrable y ausente, como la de todos los hombres y todos los seres. Mas, a lo menos, apreciamos el resplandor de su espíritu y los frutos de la savia que nutrió su recia personalidad. Elogiamos su palabra, su obra y su acción de maestro, de patriota y de político, y decimos nuestra palabra emocionada de aplauso para su memoria. Ojalá que su nombre y su obra siga siendo inspiración y ejemplo en los ámbitos de la Patria.



Y, ahora, os ruego atender mi exposición sobre el tema que he elegido para incorporarme a vosotros. Es el tema que es esencia del hombre y de su peregrinar en el mundo: el tema de la Educación y la Libertad.

Casi nada sabemos sobre el origen de la materia y de la vida. La Religión que es una forma de sabiduría, la sabiduría de la fe, de la intuición, del éxtasis, da sus respuestas a las eternas preguntas que el hombre formula, con apremio y con urgencia, a la esfinge que guarda el secreto del misterio. Esas respuestas han sido el alimento y el sostén del espíritu humano, desde hace miles de años. Han permitido al hombre continuar por los senderos de su destino y encontrar paz y esperanza en su desolación.



El otro modo del saber, el de la ciencia y de la investigación, se han esforzado también en interpretar el misterio. Han construido sus telescopios, sus microscopios, sus pequeñas y grandes máquinas, sus ecuaciones y sus fórmulas matemáticas, para aprehender con los sentidos y con el pensamiento, fracciones de la materia y de la vida. El pequeño cielo antiguo con su sol, su luna y sus estrellas, ha ido creciendo en cada decenio y en cada centenio, mediante el aumento del tamaño o del grosor de los cristales telescópicos. Detrás de los grupos de astros que guiaron por los mares procelosos a egipcios, romanos y griegos, se han descubierto otros y otros cada vez más lejanos. Las constelaciones y las nebulosas se multiplicaron en el espacio infinito. La luz de estrellas, miles de veces más grandes que nuestro sol, llegan recientemente a los ojos del observador, y su resplandor es lo único que quizá queda de la inmensa estrella desaparecida. La luz recorre trescientos mil kilómetros por segundo y hay astros y constelaciones que distan millones de años luz. Hay un más allá al que no alcanzan los telescopios potentes y los inventos del hombre por captar el espacio y su contenido. Los sabios han creado un idioma ininteligible para nombrar la inmensidad, y han pretendido aprehenderla con numerosas y complicadas fórmulas que son una especie de poema del intelecto, para simbolizar lo que no puede nombrarse. Nos dicen así, que el espacio no es infinito sino ilimitado y procuran explicarnos la diferencia entre esos conceptos.

Cuando, ofuscados por ese ser ilimitado o infinito, volvemos a nuestro mundo pequeño y queremos comprender a un grano de arena, a una flor, a una espiga de trigo, al protoplasma o al hombre, asoma otra vez el infinito y la imposibilidad del conocimiento. Descendemos del organismo animal o vegetal al protoplasma, del protoplasma a la célula, de la célula a sus compuestos químicos, de éstos a la molécula, de la molécula al átomo, y encontramos que el átomo es, otra vez, un infinito universo con sus soles y planetas, sus protones y neutrones, sus partículas de duración pequeñísima, y su energía todopoderosa que ha permitido al hombre la construcción de bombas atómicas y de hidrógeno.



Lo mismo ocurre con el tiempo que desborda hacia la eternidad en el pasado y en el porvenir.

Crucificado entre el espacio y el tiempo el hombre marcha a tientas en la obscuridad, en busca de su camino y de una respuesta de la Esfinge. En cada época su pensamiento, su investigación y su experiencia encuentran respuestas provisionales que procura, para su paz y su sentido de orden, hacerlas definitivas. Mayas, incas, egipcios, asirios, etruscos, griegos y romanos, hallaron fórmulas y leyes para someter al tiempo y al espacio. Con la astrología nacen las matemáticas y la filosofía. Arquímedes y Sócrates encuentran algunas leyes geométricas y físicas y se adentran en el laberinto del espíritu en busca del sentido de la belleza, de la verdad, de la justicia. Y más adelante, en la Edad Media y en la Moderna, se intensifica ese interrogatorio tenaz al universo y a sus fuerzas, y se hallan otros métodos y otras verdades: la gravitación, la relación entre materia y energía, el cálculo integral e infinitesimal, la causa de la rotación y de la traslación de los astros, la evolución de las especies, los sistemas de equilibrio de los seres vivos, el análisis del consciente y del subconsciente. Cada descubrimiento procura organizarse en leyes de causa a efecto, y cada ley es un triunfo del hombre por poco tiempo, hasta que la ley de ayer se derrumba dentro de un sistema o de una ley más amplia, o mediante una técnica más moderna. Afán del hombre es el orden, la explicación de todo lo que existe. El hombre es un creador de leyes en todos los aspectos, y pretende que a esas leyes quede sometido el espacio y el tiempo, el infusorio y la planta, la sociedad y el individuo. El orden es un polo del alma.

Hay orden en el universo. Los soles y los planetas giran en torno de sí mismos, y giran en rededor de un astro más grande; forman así un sistema planetario como el nuestro. A la vez todo el sistema se desplaza hacia otro mayor, a través de los espacios. Miles y miles de planetas y de estrellas, miles y miles de sistemas están organizados de acuerdo con una misteriosa regla de atracción y repulsión, de movimiento y de reposo, de vida y de muerte, de integración y desintegración.



Hay orden también en los mundos de la vida y del espíritu. Las leyes de la materia rigen en parte el proceso de la vida, y las leyes de la vida se aplican parcialmente a los procesos del pensamiento. Pero la vida no puede ser explicada suficientemente por la materia, ni el pensamiento puede explicarse suficientemente por la vida. Queda un residuo que es la esencia de la vida y la esencia del espíritu y que no admite reducción ni explicación. Ese residuo en todos los fenómenos del Universo corresponde a un principio de creación; ese residuo que contiene el sentido más profundo del Universo, es el misterio o es Dios. Misterio sin nombre que creó al mundo en el regazo del éter inmóvil y obscuro; que le dio movimiento y fuerza para hacinarlo en grandes nebulosas de átomos que se unían y separaban; que, bajo la presión de energías prodigiosas, formó moléculas y grupos de moléculas que fueron complicándose y transformándose hasta formar la materia conocida; y que, de pronto, en alguna parte en el fondo del mar o en la cumbre de la montaña, formaron el protoplasma, primer organismo viviente, del que habría de surgir la gloria prodigiosa del animal y de la planta. Misterio sin nombre o Dios, que en el cerebro de un animal, en medio de su instinto infalible, hizo brotar la chispa del pensamiento y un sistema de inhibiciones y de impulsos para detener la reacción antes invencible y unívoca para la procreación, el alimento y la defensa. Una chispa de luz y un sistema de inhibición y de reflexión, es eso el pensamiento: la luz para aprehender la realidad circundante, para comprender el sentido de la naturaleza y de la materia, para encontrar la verdad a través de la superficial apariencia de las cosas. El sistema de inhibiciones para seguir las sendas de la razón y para señalar las metas de la acción; para no actuar en función del instinto de temor, de hambre, de amor o de odio, y para transformar esos instintos en principios de bondad, de moral, de paz entre los hombres. Frutos del espíritu fueron, de esta manera, la verdad, el bien, la belleza, la justicia, así como productos de la vida fueron, entre otros, el fruto y la flor.

La materia fue superada por la vida y la vida fue un valor, el más alto del Universo por su calidad, porque una planta es un milagro más valioso que la montaña de piedra en la que crece. El pensamiento superó a la vida y el pen-



samiento fue el más alto valor de lo que existe, porque es la cúspide de la creación, y porque su calidad es incomparablemente superior a la de la materia y de la vida. El pensamiento del hombre común es más valioso que el más perfeccionado instinto; y el pensamiento de Sócrates —pensamiento hecho verdad— o la música de Beethoven —pensamiento hecho armonía— o las esculturas de Fidias o Miguel Angel —pensamiento hecho mármol— o los cuadros de Leonardo de Vinci o del Greco —pensamiento hecho color—, ese pensamiento que es luz, sabiduría, música, canto y arte, tiene más valor auténtico que la energía de los inmensos mundos y la fuerza vital de los animales y de las plantas.

Es como si en todas las cosas hubiera una misteriosa fuerza ascendente y creadora, como si la ley última y escondida en el afán de los mundos que giran y se destrozan, en la montaña de piedra y en el océano movable, fuera una ley de cambio infinito y, por lo tanto, de creación inacabable. Es como si todo fuera atraído hacia una cúspide invisible y lejana, hacia la cual desde el inicio de los siglos peregrinan las constelaciones, los astros, el vegetal y el animal, el átomo invisible y el pensamiento humano.

A esa fuerza creadora, a esa potencia ascendente, a ese afán de cambio, nosotros los hombres la hemos denominado Libertad. Creemos que la libertad es nuestra solamente; que es creación de nuestro pensamiento y de nuestra voluntad. Pero, en verdad, la libertad es la esencia de todo lo que existe. En el último reducto del átomo hay una partícula, una fracción, que no obedece la ley del protón y del neutrón y cuya actuación es imprevisible, de acuerdo con las leyes conocidas. Eso imprevisible, eso que se separa de la ley de la materia, eso que está más allá de la atracción y repulsión y de los campos magnéticos y de las fórmulas matemáticas, es la libertad que se inicia en el átomo, y que triunfa en la materia al convertirla en vida, y en la vida al convertirla en espíritu. No me atreveré a ahondar en este punto, porque para ello requeriría conocimientos profundos de matemáticas y de física moderna. Sólo asevero que el hecho existe y que ya no se puede negar: en la materia la libertad inicia su tarea creadora.



Esencia y savia de la creación es la libertad; cima y meta de toda libertad es la creación. El último sentido y la última verdad contenidas en la inmensidad sin bordes del Universo y del átomo, de la planta y del hombre, del instinto y del pensamiento, del bien y la belleza, el último sentido y la última verdad son el afán, la voluntad, la fuerza creadora. Y si la creación se detuviera siquiera un instante; si esa energía todopoderosa fuera cortada, en ese instante desaparecería lo creado en el abismo del caos y la nada. Todo lo que vemos y percibimos con los sentidos o con el intelecto es apariencia, vestuario o símbolo de un ímpetu que no puede ser medido ni expresado en fórmulas ni en frases, porque es ímpetu que se da totalmente, que no tiene ayer ni tiene mañana y que penetra todo lo que existe. Ensueño y resplandor de esa energía sin nombre, son las que llamamos "realidades" del mundo; las realidades que medimos y pesamos, las realidades que avisoramos con nuestros telescopios y microscopios y entre los cuales establecemos el sistema de las leyes naturales y el de la casualidad siempre provisional y cambiante.

Y si la creación es la sola verdad, la verdad que no podemos aprehender con las redes de nuestra razón y que escapa a toda prisión y a toda ley, asimismo, la libertad es el medio y el camino de la creación. Porque crear es cambiar, es desobedecer la ley física, matemática, vital o lógica; y ese desobedecimiento, ese seguir adelante en vez de girar en un círculo, ese obtener que la causa produzca un efecto distinto del previsto, eso es libertad.

Hace decenas o centenas de miles de años, hubo un individuo de alguna especie zoológica, en el cual la lógica y el imperativo del instinto encontraron el obstáculo naciente de la razón y del espíritu, y no pudieron, como antes, como durante milenios, dirigir la voluntad y los movimientos de ese ser que comenzaba a ser hombre. Un milagro había nacido en ese individuo externamente igual a los otros de su especie. Un milagro que fue como la primera estrella en la noche obscura, y ese milagro fue el espíritu. El espíritu nació de la libertad, fue creado por ésta dentro del eterno proceso de la creación.



El hombre comenzó a trabajar la piedra, a construir la choza, a guardar alimentos, a labrar troncos de árboles, a agruparse en clanes y en tribus y a organizar el orden, la ley, la costumbre. Pudo apreciar la belleza de un crepúsculo o de una flor, y pudo encontrar horas de descanso y de meditación para preguntarse y preguntar el por qué y el para qué de la naturaleza y de la vida. Con su libertad y con su espíritu, comenzó a cumplir una misión extraordinaria, no asignada antes a ninguno de los seres del universo, la misión de crear civilizaciones, culturas y descubrir la belleza, el derecho, la justicia, el bien.

Su obra creadora no fue nunca fácil ni siguió un ritmo uniforme. Su obra había de seguir por caminos que eran como un hilo entre dos abismos. Tenía que superar los instintos primitivos del odio, del egoísmo, de la rutina, y tenía que luchar contra la hostilidad de la naturaleza y de los otros seres que le rodeaban. Desnudo, hubo de enfrentarse con el frío glacial y con el sol ardiente, con el huracán y con la tempestad, con la sed y el hambre, con la enfermedad y con la muerte. Y hubo de enfrentarse, sobre todo, con los otros hombres. La historia es sucesión de batallas, y el hombre ha seguido su sendero entre ríos de sangre y lágrimas. Cada grupo procuraba crear justicia y paz y, a la vez, cada grupo pretendía dominar y esclavizar a los otros. Odio y amor estuvieron hasta ahora juntos en lo recóndito del corazón humano. Pero, por encima de ellos, la fuerza de la libertad continuaba trazando nuevos caminos, construyendo nuevos albergues, descubriendo nuevos principios, encendiendo nuevas antorchas, señalando nuevas cumbres.

A veces el hombre pensó haber llegado a su meta y disminuyó o agotó su fuerza creadora. Había sometido y avasallado a todos sus enemigos, o les había dado muerte. Había realizado su pensamiento creador en las grandes ciudades, en los pensamientos de sus filósofos, en los versos de sus poetas, en la inflexibilidad de sus leyes, en su abundancia de comodidades. Las metas fueron los grandes imperios de ayer, y el hombre dominador y soberbio no tuvo ya nada más que hacer sino gozar de su triunfo. Pero la meta y el triunfo fueron derrota y muerte, porque cuando la creación se detiene, cuando la libertad se torna en rutina, cuan-



do el espíritu nada tiene ya que descubrir ni sabe hacia donde peregrinar, entonces la civilización con todos sus logros es la nada y se desmorona en ruinas y cenizas. Asirios y egipcios, mayas y griegos, romanos y fenicios, llegaron todos a esa meta, a ese destino sin porvenir, a ese agotamiento de la libertad creadora y redentora, y desaparecieron dejando, aquí y allá, fragmentos y ruinas de belleza o de sabiduría o de acción.

Todo el pasado nos demuestra en forma indiscutible que el hombre es tal por su espíritu, y que savia y sustento del espíritu es la libertad. Quizá podría definirse al hombre por esas dos calidades, y afirmar que no puede hablarse de lo humano si al mismo tiempo no se habla de la libertad y del espíritu. El uno y el otro organizaron el cerebro y la mano; el uno y el otro crearon la palabra y, con la palabra, un instrumento para asir las cualidades de las cosas y para modificarlas y hacerlas conocidas para todos. La palabra, el nombrar las cosas, el bautizarlas, tiene una formidable fuerza de liberación, porque hace nuestras en cierto modo las fuerzas y los seres que nos rodean. No son la mano ni el cerebro ni el idioma ni la cultura la esencia del hombre: son productos de esa esencia definidora que es la libertad.

Por eso mismo, no puede pretenderse que el hombre siga siendo tal, cuando se le suprime la calidad que lo sostiene y lo define: la libertad. Ni puede cambiarse ésta con ningún otro bien, porque todo bien resulta vacío, estéril y sin sentido, cuando ella no existe. El pan y las fiestas de los romanos, la formidable producción de la maquinaria moderna, las ciudades inmensas dotadas de todos los servicios necesarios para una vida cómoda o lujosa, la justicia, la verdad y la belleza obtenida en una época dada, todo ello es sombra, desolación y muerte, cuando no existe la libertad. Cada hombre puede llegar a tenerlo todo en esta época de la civilización y de la disgregación del átomo. Cada uno puede morar en un palacio y disponer de todos los recursos de la técnica; y, sin embargo, su alma estará desgarrada por agudos cilicios, y vagará desesperada y errante por una noche oscura, si no existe la libertad. Por ello, los políticos y los dueños de imperios, los árbitros de la fuerza, los dictadores, los que creen que la meta del hom-



bre estará conseguida definitivamente cuando los principios comunistas, socialistas o capitalistas dominen el mundo; los que ofrecen a la humanidad todos los bienes, menos la libertad, son traidores al destino de la humanidad y a su esencia, y lo que pretenden realmente es destruir al hombre. Y como éste se defiende, como no es posible convencerle de que abdique de su libertad que es a la vez su dignidad y su primogenitura, el dictador, el tirano, el sectario de un dogma o de un principio político, tienen que asesinar y convertir la tierra en campos de concentración y de dolor. Entonces, la secta que gobierna es la dueña de la justicia y de la verdad, y los otros son los réprobos que hay que apresar y perseguir y matar, hasta cuando la pesadilla de muerte, que es la ausencia de libertad, se hunde en la noche y vuelve a brillar la estrella lejana que señala un nuevo Belén para el peregrinar humano.



El espíritu es esencia del hombre y esencia del espíritu es la libertad. Pero uno y otro se encuentran en constante peligro, y han de enfrentarse con las fuerzas negativas del odio, del egoísmo, del instinto y de la tiranía. No es cosa fácil mantener por encima de todas las cosas al espíritu como una bandera, ni es cosa fácil conservar encendida la antorcha de la libertad frente a la sombra y al huracán. Uno y otra requieren constante vigilancia: el encontrarse siempre alerta y dispuesto a la defensa y a la lucha. Son valores recién nacidos en el universo de la materia y de la vida, pues, en comparación de los millones y billones de años luz o de años calendarios de la nebulosa o de la planta, apenas ocupan quizá cien mil años entre las realidades de la creación. Y lo demás, lo que existe desde antes, tiende a sojuzgar o a destruir al espíritu y a la libertad. La vida del hombre es la historia de esa lucha que comenzó en la caverna y que sigue en la ciudad civilizada. Al principio factores de esa lucha fueron las fuerzas de la naturaleza primitiva, el espanto de las tempestades, la inclemencia del tiempo, los cataclismos destructores, la hostilidad de los otros seres vivos, desde el microbio y el virus, hasta la



fiera de aguzadas zarpas. Más tarde, hasta hoy, nacieron y crecieron otros enemigos dentro del mismo espíritu: los pensamientos y los sistemas negativos, los sectarismos y los dogmas, el afán de esclavitud y de dominio.

Por ese constante peligro, por esa necesidad de estar alerta para salvar de los abismos la recién conquistada realidad de la libertad y del espíritu, es menester dotar al hombre de los instrumentos y las armas adecuados. Ellos son, en definitiva, lo que llamamos educación. Nació con el hombre y no es patrimonio de los actuales expertos en pedagogía y en metodología. El salvaje, no del todo desligado aún de los imperativos del instinto, educó su cuerpo y su espíritu para poder seguir el nuevo camino. Aprendió lo que le fue dable de las realidades exteriores, las probables reacciones de las fuerzas naturales, los procedimientos para salvar su existencia y para combatir a sus enemigos, la manera de aguzar una piedra, de encender el fuego, de ahuecar el tronco, de roturar la tierra y sembrar la semilla. Esos conocimientos formaron un sector importante de la educación del hombre primitivo; y junto a ellos, penetrándoles, dándoles sentido y valor, hubo, explícito o implícito, el concepto y la intuición del cambio, del camino hacia una cumbre, el sentido de la creación de realidades nuevas. Comenzó la labor creadora del hombre, que se confunde y unifica con su destino, y la fe en ese destino creador, constituyó la base y el impulso de su educación.

Los pedagogos distinguen la instrucción de la educación, y tienen ideas precisas y claras sobre la primera. Dicen que instruir es dotar de conocimientos al alumno y proporcionarle el instrumento técnico de ideas y de experiencias. Pero cuando hablan de educación, sus criterios son parciales y oscuros. Para unos, educar es enseñar buenas maneras, porte adecuado para los demás, o bien, inculcar en los espíritus de los educandos ciertos conceptos como el de la democracia, o del comunismo, o de la Patria, o ciertos aprendizajes no útiles para la práctica o para la conquista de riquezas, como el estudio de las humanidades clásicas o del arte, en cuyo caso, la educación viene a ser una especie de instrucción en planos diversos de la satisfacción de las necesidades inmediatas.



Algo de eso es la educación; pero mucho más que eso. Y ella incluye lo que se denomina instrucción, porque la instrucción, en definitiva, no es sino un medio o un instrumento de la educación. Si el hombre sabe construir una casa, o afilar una piedra, o romper las fuerzas del átomo, no es solamente para satisfacer sus necesidades, porque satisfechas estaban, y con mayor seguridad y con más plenitud, cuando el espíritu aún no había nacido en el mundo. Al fin o al cabo, nuestras máquinas y nuestros palacios, nuestras carreteras y nuestros aviones, nuestros aparatos de radio y televisión, no han mejorado la situación de la humanidad, ni le han dado mayor felicidad ni paz ni amor. No han correspondido a sus íntimos afanes y esperanzas, y hoy como nunca o más que nunca, el hombre vuelve sus miradas de angustia y desesperación para encontrar una senda en medio de la muralla de sombra en que se ha convertido el mundo. La puerta de salida es a veces el suicidio, en otras, la locura, y, al fin, la guerra.

Instrumentos son la instrucción, la técnica, el conocimiento de las leyes naturales, los oficios de abogado, médico, agrónomo, ingeniero. Y esos instrumentos han de tener, no solamente el sentido de cultivar bien la tierra, trazar bien el camino, escribir buenos alegatos, y suministrar adecuados medicamentos, sino que han de estar penetrados y saturados de la fe en el destino del hombre, de la fe en su dignidad, en su libertad y en la misión creadora que le corresponde cumplir en el mundo.

Educar es eso, tan simple y tan hondo. No lo apreciamos debidamente sino en las grandes tragedias o raíz de las mismas. El dolor penetra en lo más recóndito del alma y encuentra en ella la última esperanza de alivio y curación, y la última luz para iluminar las tinieblas. El hombre, al borde de la ruina y destrucción, se vuelve a sí mismo, y sólo en sí mismo puede encontrar la fuerza necesaria para seguir adelante. Proclama, entonces, la verdad de esa fuerza y de esa realidad suya, íntima y perdurable, fuerza y realidad frente a las cuales todas sus sabidurías y sus técnicas no valen nada. Por ésto, después de la Primera y Segunda Guerra Mundial, los hombres hicieron su examen de conciencia, confesaron su locura y su pecado, y prometieron ser fieles a su destino y a los valores de la



dignidad y de la libertad. La Carta de las Naciones Unidas comienza con una especie de acto de fe en el hombre, cuando dice lo siguiente:

"Nosotros, los pueblos de las Naciones Unidas, resueltos a preservar a las generaciones futuras del flagelo de la guerra que por dos veces en el espacio de nuestras vidas ha inflingido a la humanidad indecibles sufrimientos, a proclamar de nuevo nuestra fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de los hombres y de las mujeres, así como de las naciones grandes y pequeñas, a crear las condiciones necesarias al mantenimiento de la justicia y el respeto a las obligaciones nacidas de los tratados y de otras fuentes del derecho internacional, a favorecer el progreso social e instaurar mejores condiciones de vida en una libertad más grande, y, para estos fines, a practicar la tolerancia, a vivir en paz el uno con el otro en un espíritu de buena vecindad, a unir nuestras fuerzas para mantener la paz y la seguridad internacionales, a aceptar los principios e instituir los métodos por los cuales no será usada la fuerza de las armas, salvo en defensa de interés común, a recurrir a las instituciones internacionales para favorecer el progreso económico y social de todos los pueblos, hemos decidido asociar nuestros esfuerzos para realizar estos designios".

Como véis, se proclama "el valor de la persona humana y de su dignidad", y el respeto "a los derechos del hombre", y "a las libertades de todos". Libertad y dignidad: eso es el hombre, y no el prodigio de todos sus inventos. Y la meta y el camino están dentro de su espíritu, no fuera de él. Por eso pudo decir el gran inglés Attle que "las guerras comienzan en la mente de los hombres, y es en su mente donde hay que construir las defensas de la paz".

Por otra parte, ha de tenerse presente que la libertad, la dignidad, la felicidad humana, no son privilegios de grupos reducidos. En todos los tiempos estos derechos han sido patrimonio de los círculos dominantes militares, religiosos o plutocráticos; patrimonio de los dueños de la fuerza, mientras las muchedumbres han sido explotadas y menospreciadas. El Pueblo, la Muchedumbre, así, con mayúscu-



la, se han hecho presentes en esta época del mundo, y ya no podrán ser sometidos, ni será posible mantenerlos en el envilecimiento, la miseria, y la ignorancia. Hoy tienen realidad plena los principios de la igualdad de los hombres: igualdad para el pan, para la dignidad, para la cultura, para la libertad. La educación moderna ha de tener en cuenta esta verdad, y ha de educar a los hombres dentro de estos principios.



Eduquemos, pues, al hombre para la libertad. Arraiquemos en su mente y en su corazón la fe en su misión y en su destino. Digámosle que de él depende el porvenir de su especie, y que ese porvenir no es camino ya trazado por la técnica ni por la sabiduría de antaño, sino camino que ha de trazarse y plantearse cada día. Afirmemos la fé en nosotros mismos, el orgullo en nuestro espíritu y, con el orgullo, la modestia de las limitaciones de nuestra razón y de nuestra ciencia. Que ese orgullo no sea soberbia de conquistador para quien nada hay más allá, aparte de su voluntad y de su tiranía; sino alegría y optimismo por haber alcanzado un hito más en el camino, por haber devengado el salario de pensamiento y de vida que nos han sido otorgados, por haber logrado con nuestro esfuerzo de trabajadores un pan, un hogar para nosotros y para nuestros hijos, un consuelo, una alegría y un poco de paz y de fraternidad para los otros. Y afirmemos, sobre todo, que mañana habrá otra jornada y otra labor, realizada con otros hombres, en la cual ellos, estimulados por nosotros, avanzarán un poco más en este buscar, en este anhelar, en esta esperanza de un mañana de mayor paz, de mayor justicia, de mayor amor.



Honorables Miembros de esta Ilustre Academia:

Quizá mi discurso debió versar sobre un tema concierne al idioma castellano. Habría podido esforzarme en abordarlo o en tratar de alguno de los grandes escritores



del Ecuador, de América o de España. Podría haber analizado la forma y el fondo de alguna de las obras escritas en nuestro idioma. En mi juventud dediqué largas horas al estudio de Cervantes, de Montalvo, de los místicos del Siglo de Oro. Fue un goce del espíritu seguir por los senderos de la frase pulida y sonora hacia las fuentes de belleza, de santidad y de sabiduría de esos forjadores de nuestra lengua. Innumerables apuntes deben estar por allí confundidos o ya perdidos como fruto de mi busca de modos de hablar y de escribir y de formas del pensamiento. Amé la prosa rotunda y apasionada de Montalvo, y amé también la frase enardecida y plena de fe de Teresa de Avila, de los Luises, de Juan de la Cruz, de ese místico olvidado que se llamó Eusebio de Nieremberg, y de ese otro místico atormentado que fue don Miguel de Unamuno.

Pude, así, con un trabajo de esa índole, ofreceros una prueba, si no de mi capacidad para la tarea de las letras, a lo menos de mi amor a ellas. No obstante, he preferido hablaros sobre el tema de la Libertad. Lo he hecho porque vivimos una hora de encrucijada y de sombra, una hora en que los ideales, los principios, las palabras, están deformándose y perdiendo su sentido. La mentira y la confusión campean por el mundo, y es deber de todos los que pensamos tomar parte en este combate entre la verdad y la mentira, entre la libertad y la tiranía, entre el ideal y la concupiscencia y el egoísmo. El pensador y el filósofo, el literato y el poeta, han de tener hoy un sitio en la empresa de restaurar los verdaderos valores y esencias de lo humano. Ha de ser así o el destino del hombre desembocará en un abismo.